

# «Seguros de no verse con necesidad de bastimentos»: violencia interétnica y manejo de recursos silvestres y domésticos en Tierras de los Pehuenches (Aluminé, siglo XVII)<sup>1</sup>

Daniel VILLAR y Juan Francisco JIMÉNEZ

Departamento de Humanidades  
Universidad Nacional del Sur  
dvillar@criba.edu.ar jjimenez@criba.edu.ar

Recibido: 4 de marzo de 2009

Aceptado: 7 de julio de 2009

## RESUMEN

En este artículo se consideran los efectos que el conflicto interétnico tuvo sobre las actividades de las poblaciones nativas instaladas en *las tierras de los pehuenches* (cuencas de los ríos Agrio y Aluminé, actual territorio de la provincia de Neuquén, República Argentina) durante el siglo XVII. En una atmósfera de violencia y en el marco de constitución de una *zona tribal* se instaló una *economía bélica* y una variación en los patrones de residencia y movilidad, traducidos en estrategias de distanciamiento y ocultamiento de personas y recursos –la *guerra de los silos*–, combinándose la retirada de la población a posiciones de difícil acceso para colocarla fuera del alcance de las *campeadas* y *malocas* hispano-criollas con un mayor énfasis en la explotación de recursos silvestres vegetales y animales.

**Palabras clave:** Recursos silvestres, recursos domésticos, conflicto interétnico, economía bélica, *campeadas*, *malocas*.

*«Certain of Not Needing Supplies»: Interethnic Violence and Managing of Wild and Domestic Resources in the Land of the Pehuenches (Aluminé, 17<sup>th</sup> century).*

## ABSTRACT

In this article, the effects that the interethnic conflict had on the activities of the native population settled on *the land of the Pehuenches* (basins of the Agrio and Aluminé rivers, territory of the province of Neuquén, Argentina, at the present time) during the 17<sup>th</sup> century, are considered. In an atmosphere of violence and in the frame of the constitution of a *tribal zone*, one can find the settlement of a *war economy* and a variation of the patterns of residence and mobility, translated into strategies of withdrawing and hiding people and resources –*war of the silos*– combining the withdrawal of the population to positions that were difficult of access so that it would be out of reach of the hispanic *campeadas* and *malocas*, with a greater emphasis on the exploitation of vegetal and animal wild resources.

**Key words:** Wild resources, domestic resources, interethnic conflict, war economy, *campeadas*, *malocas*.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. *La tierra de los pehuenches*. 3. Antecedentes. 4. Elementos para el análisis. Los estudios amazónicos. 5. *Campeadas* y *malocas*. 6. Las estrategias indígenas. 7. Factores climáticos y ambientales. 8. Palabras finales. 9. Referencias documentales. 10. Referencias bibliográficas.

## 1. Introducción

Aun cuando se trata de aportaciones producidas a la luz de perspectivas diversas, la evaluación que antropólogos e historiadores interesados en el estudio de las socie-

---

<sup>1</sup> Una primera versión más reducida de este trabajo fue presentada en las *XII Jornadas Inter-Escuelas / Departamentos de Historia*, que tuvieron lugar en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de

dades indígenas de Patagonia norte y las Pampas han realizado de sus actividades de caza y recolección, agrícola-hortícolas y pastoriles, se ha traducido a menudo en resultados poco felices o al menos insuficientes. Nos proponemos considerar aquí una más amplia evidencia documental y un conjunto de reveladores precedentes que concurrirán para debilitar la injustificada persistencia de esas evaluaciones.

Con frecuencia, ha predominado no sólo una cierta elaboración «atemporal» de la información, sino también la tendencia (1) a considerar las actividades mencionadas mutuamente excluyentes; (2) a evaluar de una manera insatisfactoria la importancia relativa de cada una; (3) a suponer tardía la adquisición de prácticas agrícolas en la región; (4) a pasar por alto la posibilidad de que, en el marco de determinados procesos históricos –cuyas singularidades se encuentran, en general, ausentes del análisis–, esas prácticas fuesen combinadas o alternadas de distintas formas e incluso desechadas en ciertos casos; (5) a ignorar la incidencia de factores climáticos y ambientales.

La aceptación de la primera de esas opciones implica sostener que la incorporación de prácticas agrícolas –y hortícolas<sup>2</sup>– supuso el abandono superador de las actividades cinegético-recolectoras<sup>3</sup>. Sin embargo esta misma perspectiva suele sumar sorprendentemente la alternativa opuesta, es decir, que la caza y la recolección puedan sustituir a la agricultura<sup>4</sup>, contradicción que ya ha sido señalada (Mandrini y Ortelli 2002: 249). En efecto, una práctica *a priori* considerada preferible (y por lo tanto exitosa) vendría a ser reemplazada por otra –devaluada– que no podría garantizar un resultado análogo. A pesar de la existencia de datos reveladores de esta última posibilidad de reemplazo, el hecho es que, en la perspectiva desde la que tradicionalmente se la ha formulado, la «regresión» al manejo de recursos silvestres no encuentra amparo conceptual.

La opción descrita en el apartado precedente trae aparejada la concomitante imposibilidad de considerar de manera equilibrada la importancia alternativa que pudieron tener unas y otras actividades en determinados momentos de un proceso prolongado de contacto interétnico y en el decurso de condiciones ambientales y climáticas cambiantes. Su evaluación comparte la misma base argumental de que la demorada presencia de prácticas agrícolas supone la automática –aunque a menudo discursivamente ambigua– desvalorización de la caza y la recolección.

Se sigue de lo anterior que esta perspectiva tampoco ha sido proclive a considerar la posibilidad de una combinación o alternancia de prácticas que se encontraran conjuntamente disponibles. Está claro que, si *a priori* se ha determinado la *superioridad* de unas en términos excluyentes, no podrá mediar predisposición a aceptar que los indígenas hubiesen enfatizado ciertas actividades en detrimento de otras o incluso abandonado transitoriamente algunas, en la medida que así lo aconsejaran alternativas singulares.

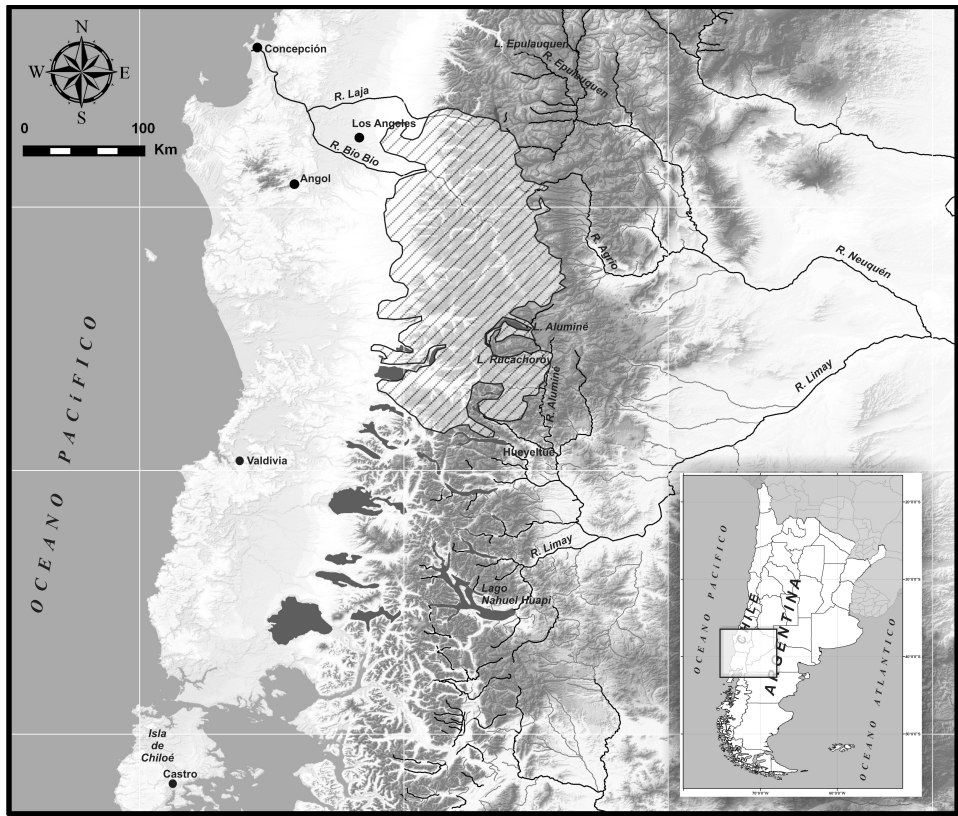
---

Tucumán, a mediados de septiembre de 2007. Se han tenido en cuenta los comentarios recibidos en esa oportunidad así como las sugerencias posteriores y el material bibliográfico aportados por el doctor Gustavo Politis. Los autores agradecen su generosa y estimulante lectura del manuscrito.

<sup>2</sup> La horticultura muy rara vez (por no decir nunca) es objeto de tratamiento particular; por lo general se la presenta subsumida en las prácticas agrícolas.

<sup>3</sup> Este tipo de elaboración suele presentarse acompañado de la presunción de que, en ciertos casos, la caza y la recolección pueden persistir durante un tiempo relegadas a un lugar de importancia menor para desaparecer luego.

<sup>4</sup> En cierto discurso, la ausencia de plantas cultivadas suele asociarse a menudo con un incremento del «robo de ganado» y el «pillaje» en establecimientos fronterizos.



**Figura 1:** Cuencas de los ríos Agrio y Aluminé: la tierra de los pehuenches en el siglo XVII. El área destacada corresponde a la dispersión actual de la *Araucaria*

Sin embargo, variando el enfoque, una aproximación al proceso de contacto interétnico –particularmente el que tuvo lugar en *tierras de los Pehuenches* durante el siglo XVII– ofrece pruebas de la plasticidad con la que los grupos nativos actuaron en momentos complejos y conflictivos, demostrando que no se encontraban inexorablemente sujetos a una única posibilidad. Nuestro objetivo será entonces presentar evidencias que ayuden al abandono de explicaciones estereotipadas y a la apertura del debate acerca de los distintos modos de obtención y gestión de recursos en un marco de fricción inter-étnica.

Para concretar ese propósito, además de precisar brevemente la ubicación y extensión del área a la que habremos de referirnos, comenzaremos por enunciar, a título de ejemplos, algunas de las posiciones que, en medida variable y desde ángulos diversos, exhiben los rasgos deficitarios que expusimos anteriormente o avanzan siquiera un paso –aunque exiguo– por el sendero de su superación.

Luego desarrollaremos nuestra argumentación, sumando la consideración de conceptos elaborados en estudios relativos a otras sociedades nativas americanas y con apoyo en las fuentes documentales que componen la base empírica.

## 2. La tierra de los Pehuenches

Hasta donde llega nuestro conocimiento, por vez primera y sintetizando información con la lógica imprecisión resultante de referirse a territorios malamente conocidos y no sometidos al control colonial, Jerónimo Pietas –maestre de campo del reino de Chile en tiempos de la gobernación de Gabriel Cano de Aponte– informaba a este último, desde Concepción, acerca de la ubicación geográfica de la denominada *tierra de los Pehuenches*.

El maestre de campo señalaba que ocupaban esa tierra varias parcialidades<sup>5</sup>, mudándose «de unas partes á otras», aunque sin alejarse ni salir «de los distritos que les pertenecen», llamados «en general la tierra de los Pehuenches, y sólo se distinguen las parcialidades por los nombres de los caciques» (Pietas 1719: f250 y f250v). Años más tarde, sobre la base del informe referido y en uno de sus dictámenes, el Protector de Indios de la Real Audiencia de Santiago incluiría datos adicionales acerca de la localización de esas mismas poblaciones, pronunciándose en términos análogos, pero agregando que se encontraba enfrente «del volcán de la Laja hasta el Río que sale de Naguelguape» (AN, Capitanía General, volumen 636, f266 y f266v)<sup>6</sup>.

Estos espacios comprenden –*lato sensu* y según puede confirmarse con la consulta cartográfica– las cuencas de los ríos Agrio al norte y Aluminé al sur<sup>7</sup>, ocupados por bosques de *Araucaria araucana*, el árbol del *pewen*. En el actual territorio argentino, la dispersión contemporánea de estos bosques queda incluida en la jurisdicción neuquina, entre aproximadamente 37° 30' y 39° 40' de latitud Sur (Rothkugel 1916: 141), aunque es posible que hace más de trescientos años fuese mayor (Rechene, Roveloti, López Cerero, Burschel y Bava 2003/2004: 5). El corazón del área de dispersión de las *piñoneras* está ubicado en Rucachoroi y Hueyeltue. A estas tierras y con las lógicas reservas nos referiremos en particular.

## 3. Antecedentes

Según lo dicho, hemos seleccionado un conjunto de aportaciones que aunque difieren en sus fechas de elaboración, presentan en común referencias a los modos de obtención y al manejo de recursos entre los pueblos indígenas del área. Se ofrecen aquí con el propósito de ejemplificar la forma en que los estudios antropológicos e históricos han evaluado la cuestión.

<sup>5</sup> Tanto Pietas como el Protector de Indios hacían uso en sus descripciones de marbetes étnicos cardinales –como *Puelches* (gentes del este) o *Guillichis* (gentes del sur)– para referirse a parcialidades vecinas entre sí, vinculadas por alianza y parentesco y situadas en los valles cordilleranos, en parajes donde «toda la tierra» era conocida «con la denominación de tierra de los Peguenches» (*Dictamen* referido en el texto, f266 y f266v). En esta oportunidad, dejaremos de lado el tratamiento de las numerosísimas cuestiones referidas al problema de denominaciones y clasificaciones étnicas que en su conjunto merecen el enfático reproche de haber servido más para enturbiar nuestra comprensión del tema, que para mejorarla.

<sup>6</sup> El espejo de la Laja se desarrolla aproximadamente ente los 37° 10' al Norte y los 37° 30' al Sur y la embocadura del Lima y alrededor de 41°, todos de Latitud meridional.

<sup>7</sup> Consultar (a) los tres mapas confeccionados por Max Rothkugel, correspondientes al segmento 37° - 40° de Latitud Sur (Rothkugel 1916: láminas sin paginación) y (b) el que acompaña este artículo, elaborado a nuestro pedido por Walter Melo (IADO-UNS).



En 1939 y en condiciones de producción científica muy distintas a las actuales, Milciades Vignati, en su monografía sobre los *Indios Poyas*, trajo a colación únicamente las crónicas de Jerónimo Pietas (1719) y Olivares (1865 [1736]), combinando sus contenidos para destacar la importancia de algunas raíces «que sin sembrar dan las campañas» y de dos tipos de fruto silvestre (*muchi* y *laurapu*) utilizados para elaborar una chicha local según palabras del jesuita (Olivares 1865 [1736]: 512) que encuentran su complemento en la previa descripción de Don Jerónimo, acerca de que aquellas mismas raíces se consumían convertidas en harina (Vignati 1939). Sin embargo, unas pocas páginas antes, el mismo Olivares hizo referencia a la existencia de cultivo hortícola en el área, mención que Vignati pasa por alto, aunque no pudo ignorarla: «Su alimento es la caza, porque en estas partes por el mucho frío no se dan las sementeras; solo en la isla [del lago Nahuel Huapi] se dan algunas papas i quinua i arvejas o guisantes» (Olivares 1865 [1736]: 509).

Años más tarde, el mismo autor elaboró una serie de notas que acompañaron su lectura etnográfica de la carta relación del misionero jesuita Nicolás Mascardi (ver en especial Mascardi, en Vignati 1963: 496-497). No obstante la claridad de esa carta, Vignati se obstinó en atribuir la actualización de prácticas agrícolas y hortícolas ya existentes entre los nativos y referidas por el sacerdote –incluida la mención a «las rozas», es decir, al sistema de tala y quema– a una «autosugestión» del ignaciano, de quien afirma que no sospechaba «cuán difícil es transformar a un nómada en sedentario y hacer de un cazador un recolector» (Vignati 1963: 510, nota 11). Acto seguido, identifica caprichosamente «los humos» producidos por las rozas con «las humaredas» que, según conjetura,

«servían ya entonces para ubicar la situación de las agrupaciones eventuales de indígenas que, si bien en la mayor parte de los casos las hacían para buscarse y encontrarse, en la presente circunstancia impresiona como que se trataba de una entidad poco belicosa que temía delatar el lugar donde aposentaba» (Vignati 1963: 510, nota 12).

En la etnología del territorio de la actual provincia de Neuquén elaborada por Rodolfo Casamiquela (1995), también están ausentes las referencias a las prácticas agrícolas nativas durante los siglos XVII y XVIII. El índice temático de la obra registra varias menciones de los términos *caza* y *cazadores*, pero los vinculados al cultivo (*horticultura* u *horticultores*, *agricultura* o *agricultores*, *sementeras*) están excluidos. Sin embargo no podría aducirse que la omisión de esas prácticas se deba a que las fuentes utilizadas por el autor no las reflejen.

En efecto, Casamiquela citó el trabajo de Félix de San Martín acerca de la ubicación del boquete cordillerano que los españoles llamaban *Paso de la Villarrica* (1940). En ese texto, San Martín, a su vez, se refirió *in extenso* a la crónica de Diego de Rosales, quien, por su parte, transcribió el relato de Luis Ponce de León, cuyo objetivo en 1648 fue «maloquear y pelear con los indios y los holandeses<sup>8</sup>, si los hallara en tierra y en sus sementeras» (cita de Rosales en San Martín 1940: 26-27). San Martín relacionó

<sup>8</sup> La incorporación de dos belicosos holandeses –y un *negro fugitivo*– a las fuerzas de los nativos se conocía a través de referencias que había brindado el propio Ponce de León, líder de una *maloca* anterior dirigida contra la misma área. Lógicamente, la presencia de esas personas despertaba inquietud entre los oficiales responsables de la seguridad fronteriza en épocas de prolongadas guerras intermitentes entre España y Holanda.

incluso el dato de Rosales y el número de víctimas de la entrada en cuestión, concluyendo que la crónica muestra «cuán numerosa debió ser la población indígena de la región, pues si nada más que en la ribera del Epú-Lauquén<sup>9</sup>, de bien poco desarrollo, había más de quinientos moradores..., cuántos más no habría en los feraces campos vecinos», y que también nos permite ver «que se trataba de centros poblados sedentarios, desde que se habla de ‘sementeras’» (San Martín 1940: 34-35). Más allá de que hoy ya sea imposible compartir los términos conceptuales subyacentes a esa conclusión<sup>10</sup>, lo cierto es que demuestran que el autor puso la mención de sembrados explícitamente al alcance de sus lectores.

La otra fuente utilizada por Casamiquela donde se mencionan *sementeras* y *rozas* ya la conocemos: se trata de la carta relación de Mascard, que cita extensamente (Casamiquela 1995: 40-48), recurriendo al texto de Guillermo Furlong Cardiff (1963: 120) y sin detenerse en el asunto.

En trabajos más recientes encontraremos un reconocimiento de la evidencia de prácticas agrícolas en los grupos indígenas que motivan nuestro interés. Pero en estos casos se las presenta como adquisiciones relativamente tardías, incorporadas durante el siglo XVIII, que tuvieron lugar principalmente a raíz del contacto de los indígenas locales con «araucanos».

Así, María Teresa Boschin, en sus trabajos sobre la historia de las «sociedades cazadoras del área Pilcaniyeu ... con economía cazadora y pastoril, siglos XVII y XVIII» (Boschin 1997: 5), elaborados sobre la base de fuentes utilizadas tanto por Vignati como por Casamiquela, mencionó el cultivo de algunas especies vegetales incorporándolo a un contexto de transformaciones iniciado a principios del siglo XVIII:

«Olivares' s reading provides a linguistic and ethnic approach confirming that conveyed by Mascardi... At the beginning of the eighteenth century, regional identities flourished with their corresponding linguistic singularities... The Poya tongue had become the region's lingua franca; the 'Nahuel Huapi Puelche' had acquired equestrian mobility and introduced the first cultivation –quinoa, potato and pea» (Boschin 2002: 84).

Un segundo caso prácticamente contemporáneo que apunta en un sentido similar es el de María Lidia Varela. En 1996, con cita –entre muchos otros– de los tres precedentes que acabamos de mencionar (Vignati, Casamiquela y Boschin), caracterizó a los habitantes de la Patagonia nordoccidental (*Poyas y Puelches del Norte*) durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, como integrantes de «la formación económico-social cazadora recolectora». Su posterior relación con *araucanos* que entraron en la Patagonia argentina, sumada a ciertos cambios generados en su propio seno, promovió la evolución de estos grupos hacia una formación social más compleja, dado que aquellos presentaban «un modo de producción tribal», basado en la producción de alimentos, en este caso en la agricultura y la ganadería (Varela 1996: 229).

Por último y refiriéndose a las transformaciones experimentadas por las poblaciones nativas del actual territorio de Neuquén, Gladys Varela y Luz María Font hicieron hincapié sobre todo en la difusión de prácticas ganaderas perceptible durante el siglo XVIII en el marco de un proceso de homogeneización generalizado: «Estos cambios

<sup>9</sup> El extremo meridional de Epulafquen está ubicado sobre los 39° 50' de Latitud Sur.

<sup>10</sup> Vale decir la automática asociación entre *sementeras* y *población numerosa y sedentaria*.

económicos se reflejaron en la organización socio-política y en la cosmovisión de los indígenas que dejaron de estar sujetos a los ciclos de la caza y la recolección» (Varela y Font en Varela, Font, Cúneo y Manara 2001: 17-18).

Frente al destacado papel asignado en la explicación a la ganadería y al manejo de yeguarizos, las actividades agrícolas permanecen relegadas a un plano secundario. Sin embargo se menciona también el sitio arqueológico Chenque Haichol, de cuyos datos se desprende que, a principios de nuestra era, los habitantes del lugar «llegaron a conocer el maíz y la calabaza», posiblemente obtenidos «a través del trueque, todo ello sin dejar de practicar la caza y la recolección» (Varela y Font, en Varela, Font, Cúneo y Manara 2001: 12).

Las prácticas agrícolas aparecen más nítidamente reflejadas en el texto cuando se incorpora información proveniente de finales del siglo XIX<sup>11</sup>. De esta manera se crea un contexto referencial presidido por la idea de que se trata de adquisiciones muy recientes y a menudo de importancia limitada, sobre todo en comparación con las actividades ganadero-pastoriles (Varela y Font, en Varela, Font, Cúneo y Manara 2001: 28-29)<sup>12</sup>.

Podemos concluir, entonces y en resumen que, en una selección de trabajos publicados en nuestro país a lo largo de más de sesenta años (1939-2001), se verifica la constitución de una explicación perdurable que (a) en principio subraya la importancia de la caza y de la recolección y la ausencia de manejo de vegetales domesticados, y más tarde (b) agrega la noción de su incorporación tardía, escasa o limitadamente desarrollada, y (c) supone —a menudo en una forma discursivamente implícita o ambigua— un abandono de las formas predatorias, sobre todo en beneficio de prácticas pastoriles o ganaderas.

Más allá de los distintos momentos de la secuencia de producción a los que pertenecen y de las diferencias existentes entre los autores, los trabajos enumerados no están totalmente divorciados entre sí. Así lo demuestran las cadenas de citas que se reiteran en ellos<sup>13</sup> y el hecho objetivo de que no se verifica una incorporación progresiva de datos novedosos.

#### 4. Elementos para el análisis. Los estudios amazónicos

Nos hemos preguntado, entonces, si no sería útil variar la perspectiva y pasar a una valoración del manejo de prácticas económicas por parte de las poblaciones que habitaban las *tierras pehuenches* en el siglo XVII en vinculación con procesos históricos propios de la constitución de una *zona tribal* —para utilizar un concepto reciente creado por

<sup>11</sup> Las fuentes mencionadas son la crónica del viaje que Guillermo Cox protagonizó a principios de la década de 1860 y los partes militares de la cuarta división fechados veinte años más tarde, con cita de Olascoaga.

<sup>12</sup> Algo similar ocurre con la mención del reemplazo del toldo tradicional de cueros por la *ruca* chilena (llamada *rancho*, ver Lenz 1979: 688) en la zona cordillerana, que las autoras consideran cumplido «para fines del siglo XIX». Sin embargo, Jerónimo Luis de Cabrera y sus acompañantes vieron *ranchos* en la región ya a principios del siglo XVII (Jiménez 1998: 182, 186) y años más tarde, pero siempre dentro de ese siglo y en la misma área, tanto Billagrán como Córdoba y Figueroa quemaron *ucas* durante las *campeadas* que encabezaron (BN, BM, Manuscritos originales, volumen 311, f85).

<sup>13</sup> Ciertas veces reproduciendo incluso omisiones u errores existentes en las contribuciones precedentes.

Ferguson y Whitehead (1992: 3-4)<sup>14</sup>— y característicos de nuestro caso de estudio, asumiendo una lógica distinta a la que impregna las aportaciones comentadas. En ese orden de ideas, resulta oportuno que traigamos a discusión elaboraciones referidas a situaciones que presenten en común con la nuestra los elementos definitorios de aquel concepto.

Encontramos que un buen número de estudios sobre los procesos iniciados en la Amazonía durante los siglos XVII y XVIII se adecuan a ese propósito<sup>15</sup>. Antes de avanzar, abriremos un paréntesis para anticiparnos al argumento de que una propuesta de comparación automática se revelaría insostenible. Nuestro propósito dista de sugerirla; consiste en valernos de ciertos conceptos y diagnósticos elaborados en aquel ámbito para aplicarlos a un examen inicial de nuestro caso.

William Balée ha observado que, frente los intentos de los invasores portugueses por establecer una situación de dominación efectiva en el área, las sociedades indígenas de la cuenca baja del Amazonas desarrollaron cinco estrategias básicas distintas (confrontar la cita de Balée en Rival 2002: 12).

La primera consistió en organizar una resistencia armada, pero el camino de la guerra a menudo condujo a la destrucción de los nativos. Entre muchos otros, un ejemplo lo constituye la historia de los mura, habitantes de los pantanos de Autazes en el curso inferior del río Madeira<sup>16</sup>. Durante casi medio siglo libraron una lucha sin cuartel contra los portugueses hasta que no tuvieron más alternativa que acordar la paz en 1784 cuando el grupo se encontraba en vísperas de ser diezmado (Hemming 1978: 438-440, Sweet 1992, Wright y Carneiro de Cunha 1999: 358-362).

La segunda fue la de ofrecer colaboración bélica para la captura de piezas humanas provenientes de los grupos rebeldes, cumpliendo funciones de *soldados étnicos*. Un ejemplo paradigmático del ejercicio de esta opción está representado por los mundurú. Después de una primera etapa de resistencia armada (1770-1795) y motivados por el reconocimiento de la superioridad militar de los portugueses y por el deseo de acceder a bienes de producción transoceánica (como telas y machetes), abandonaron

---

<sup>14</sup> Sin perjuicio de la remisión al texto sugerido, digamos brevemente que los autores citados proponen que el contacto entre sociedades estatales y sociedades políticamente descentralizadas, al crear expectativas de distinto tipo en estas últimas con respecto a los nuevos bienes, tecnologías y enfermedades introducidas, desencadenó modificaciones en los patrones tradicionales de conducta. Así, el manejo de los conflictos, el ejercicio de la violencia y las prácticas bélicas experimentaron notorias transformaciones. En general, se advierte un incremento de la conflictividad traducido en una militarización general de la zona de fricción.

<sup>15</sup> Naturalmente, existen trabajos elaborados en análogo sentido con respecto a sociedades nativas americanas de otras épocas y áreas que también sería posible considerar en detalle. No lo haremos exclusivamente por razones de espacio, pero a título de ejemplos podríamos señalar dos aportes referidos a épocas prehistóricas: a) el de Madsen y Simms (1998) acerca del denominado *Complejo Fremont*, ubicado en territorio del actual estado de Utah (EE.UU.). Se expone el caso de varias poblaciones involucradas en una amplia gama de actividades de producción que incluían horticultura de tiempo completo, horticultura y forrajeo, y caza-recolección combinada con vegetales domésticos obtenidos por intercambio. Los autores destacan la flexibilidad y adaptabilidad que permitía pasar de la horticultura al forrajeo, o que al forrajeo se agregasen actividades agrícolas, en dependencia con factores culturales y ambientales que podían experimentar cambios dentro del históricamente breve lapso de una vida individual, o permanecer relativamente estables por períodos más extensos (Madsen y Simms 1998: 257), situación que presenta características análogas a las que refleja la evidencia presentada en este trabajo; b) Otra contribución interesante en vinculación con temas similares es la debida a Adolfo Gil sobre el sur de la actual provincia de Mendoza (Gil 2003 y también Gil *et al.* 2006).

<sup>16</sup> O de los llamados *botocudos* de lengua *Gé* (Wright y Carneiro de Cunha 1999: 341-345; Langfur 2002, 2005).

rápida la posición beligerante y optaron por el establecimiento de alianzas (Murphy 1956, 1957, 1958, 1960: 8; Murphy y Steward 1956). Los hombres se emplearon como mercenarios y portadores y las mujeres cultivaron y procesaron una extraordinaria cantidad de mandioca para producir la *fariña*, harina que servía como ración de emergencia de comerciantes y exploradores portugueses<sup>17</sup>.

En tercer lugar, se presenta la adopción de un estilo móvil de vida, exclusivamente dependiente de recursos silvestres con abandono de la horticultura. Este proceso, denominado *horticultural regression*, implicó el paso gradual de una horticultura plena a una versión empobrecida (basada en el cultivo de la mandioca y del maíz) y por último a una franca dependencia de los recursos silvestres (Balée 1995: 98-102). Los huaorani que habitaban los territorios ubicados entre los ríos Napo y Curacay (actualmente en la Amazonía ecuatoriana) representan el caso de quienes emplearon de forma sistemática una combinación de agresividad y movilidad<sup>18</sup> para oponerse al contacto con los recién llegados y mantener control sobre su hábitat (Rival 1998: 235-237; 2001: 101; 2002: 39-43; Robarchek y Robarchek 1996: 191-193; 1998: 20-26)<sup>19</sup>.

Otras poblaciones, por último, prefirieron migrar abandonando sus territorios para eludir a los intrusos. Entre estos, tenemos a quienes adoptaron decisivamente una economía recolectora dependiente de recursos silvestres y articulada con un patrón de alta movilidad, y a los que conservaron cultivos de crecimiento rápido —tales como la mandioca dulce y el maíz—, combinándolos con lapsos anuales de movilidad intensa durante los cuales los recursos silvestres proveían la mayor cantidad de alimentos. Así, por ejemplo, los araweté pasaban parte del año (marzo-octubre) instalados en sus aldeas y moviéndose por el territorio entre los meses de noviembre y febrero. En ese momento volvían a reunirse en las inmediaciones de los terrenos sembrados dando comienzo al restante segmento del ciclo (Viveiros de Castro 1992: 92-98)<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> En un momento posterior, cuando se inició el ciclo del caucho, la dependencia del mercado se incrementó más aún involucrando transformaciones en los liderazgos del grupo y su patrón de asentamiento (Burkhalter y Murphy 1989; Murphy 1960; Murphy y Steward 1956).

<sup>18</sup> Su estrategia les valió fama de violentos, al punto que sus vecinos naporuna, de lengua *kechwa*, los llamaron *aukas*, el mismo deíctico peyorativo que otros hablantes de esa lengua aplicaron a los *reche* y que estos re-significaron positivamente (ver Villar y Jiménez 2006).

<sup>19</sup> Fueron cazadores con cerbatana de varias especies de monos y aves, de pecaríes de cuello blanco con lanzas de madera (Yost y Kelley 1986; Rival 1996, 2001) y recolectores de frutos y vegetales silvestres, con marcada preferencia por varios tipos de palmera, complementados con el cultivo de mandioca y maíz. El patrón de asentamiento también combinaba casas comunales situadas preferentemente en la cima de las colinas con residencias secundarias en los territorios de cacería, y los movimientos no se realizaban de una manera azarosa, sino por sectores de la selva donde la acción antrópica era intensa y se revelaba, por ejemplo, en la concentración de recursos vegetales en áreas seleccionadas y específicas (Rival 1998: 237-240; 2002: 68-93; 2006). Muchas sociedades amazónicas ocuparon áreas selváticas modificadas por su propia actividad, invisible a los ojos de un extraño que sólo percibe una distribución aparentemente caótica de la vegetación, pero ordenada y relevante para los nativos de la región (ver Descola 2005, con respecto a los huertos ashuar). Quizá hasta un 18 % de la superficie de los bosques amazónicos fue transformada por acción de sus pobladores originarios (Denevan 1992, Peters 2000). Inclusive, Balée describe la utilización de los recursos vegetales semi-domesticados existentes en huertos ya abandonados (Balée 1993: 105), práctica no sólo característica de los *trekkers* como los huaorani (Rival 1998: 237-239; 2002; 2006: 581-583), sino por horticultores como los ka'apor, (Balée 1994: 116-136; 1995: 102-106) y kayapó (Posey 1985, 1994, 1998), y cazadores-recolectores como los nukak (Politis 1996, 1999, 2001, 2007; Politis *et al.* 1997), sironó y yuqui (Balée 1993: 104; 2001; y Stearman 1984, 1991, con respecto a los primeros).

<sup>20</sup> David Maybury-Lewis (1974: 48, 53-59) describió un patrón similar para el caso de los akwē-shavante.

Dentro de una modalidad análoga, los parakanã representan un caso singular e interesante. A principios del siglo XX, el grupo se dividió en dos bloques: el oriental distribuyó su tiempo entre aldeas y campamentos semi-permanentes, mientras que el occidental optó por un patrón de alta movilidad, desarrollando prolongados *trekkings* por sus territorios, y volviendo a la vida en aldeas y a una mayor dependencia de la horticultura después de su *pacificación* por los funcionarios de la FUNAI (Fausto 2001: 77-78, 107-130). Es evidente que un observador que ignorara la previa historia en común y se encontrase frente a poblaciones que, aunque ocupaban un mismo espacio y compartían otros rasgos culturales, desplegaban estrategias productivas tan diferentes, podría quedar persuadido de hallarse en presencia de dos grupos distintos.

Precisamente, una situación de este tipo se verificó en el caso de los nambiquara (Levi-Strauss 1973) y motivó la polémica que tuvo lugar entre Levi-Strauss (1976) y Aspelin (1976, 1979) con respecto a la imagen distorsionada que –de acuerdo a la crítica del segundo– el primero había construido de los nativos en cuestión. El punto a subrayar aquí es que, con independencia de quién lleve la razón –y es posible que, como ocurre habitualmente, ambos contendientes y quienes habían aportado previamente otros elementos de juicio o los agregaron más tarde (Price y Cook, 1969; Price 1978) hayan tenido parte de ella–, esa discusión demuestra que el momento y las condiciones (y duración) de la observación de economías nativas –y de su forma de vida en general– son importantes a la hora de elaborar explicaciones e interpretaciones.

Puede ocurrir que un observador fugaz caiga en el error de tomar por definitivas y *universales* prácticas transitorias y reversibles y a la inversa; así como también podría suceder que una mayor o menor opacidad –o la invisibilidad– de ciertos factores en realidad combinados haya condicionado una sesgada percepción circunstancial creando la interpretación de un antagonismo excluyente o de una importancia diferencial inexistente<sup>21</sup>. Estos percances ocurren aún cuando la observación se realice en persona y se hayan tomado todo tipo de precauciones; cuánto más inminente será el riesgo si nuestro juicio debe guiarse ineludiblemente por un conjunto de afirmaciones hecha por otros hace trescientos años en circunstancias cambiantes y desde ópticas diferentes.

En síntesis –y en buena medida a raíz del impacto producido por el contacto conflictivo con los europeos y sus descendientes–, vemos recurrir a distintos modos de explotación de diversos recursos, con los que, a su vez, se establecen variados tipos de vinculación, según se los haya domesticado, se los mantenga en una condición de semi-domesticidad, o se los aproveche directamente en su estado silvestre. Así, tenemos (a) un estilo de vida aldeano articulado con la práctica de una horticultura compleja sobre la base de un conjunto numeroso de cultígenos; (b) otro, que combinaba la vida aldeana y el *trekking* a lo largo del ciclo productivo, acudiendo a la explotación intermitente de vegetales domésticos, semi-domésticos y silvestres<sup>22</sup>; y por último,

---

<sup>21</sup> Richard White presenta el caso de un observador circunstancial de los choctaws a finales del siglo XVIII: frente a una estrategia combinatoria en el manejo de los recursos, transmitió una falsa impresión acerca de la impericia nativa en la caza, justamente porque la observación fue hecha durante el lapso anual en que esa actividad cumplía un papel de importancia menor, relegada a ciertas áreas marginales del territorio. El relato, basado en una percepción errónea, se convirtió más tarde en una referencia ineludible para todos los investigadores interesados en aquel grupo (ver White 1988: 16-33).

<sup>22</sup> Una alternativa con respecto a esta ha sido sugerida por Gustavo Politis, refiriéndola a los nukak. En este

(c) el de los cazadores-recolectores-pescadores a tiempo completo<sup>23</sup>. A estas modalidades se agrega –lo reiteramos– la incidencia de factores climáticos y ambientales.

## 5. *Campeadas y malocas*

*Campeadas y malocas* –actividades que enseguida describiremos–, encaradas desde los espacios fronterizos del sur chileno, representaron la adaptación local de una modalidad que se reiteró en las guerras de expansión europea en ultramar. Lawrence Keeley observó esa recurrencia a nivel general y describió además las «técnicas no ortodoxas» adoptadas por las tropas para alcanzar la victoria contra «sus oponentes más primitivos», entre ellas la destrucción de la infraestructura económica y de los medios de subsistencia (por ejemplo, viviendas, depósitos de comida, sembradíos y ganados), utilizando los conocimientos, la pericia y la fuerza bélica de *scouts* y auxiliares indígenas (Keeley 1996: 74).

Así, en los confines meridionales del imperio, las *campeadas* constituyeron operaciones a cargo de gran número de soldados que entraban en los territorios indígenas con el objetivo de ocasionar serias lesiones a su economía, obligándoles de esa manera a solicitar la paz. Las operaciones principales consistían precisamente en destruir viviendas y cosechas y arrebatar las reservas de alimentos y los animales que pudieran hallarse. Dada la superioridad numérica del enemigo, los nativos no tenían más remedio que ocultarse en montes y bosques esperando a que pasase el turbión: «El ejército entero –dice Gerónimo de Quiroga– es dueño de la campaña, porque a la parte donde se arrima lo abrasa todo, sin que los indios tengan fuerzas ni valor para acometerle» (Quiroga 1979 [1690]: 311).

Las *malocas* o *monterías*, en cambio, eran protagonizadas por un contingente reducido de españoles y un grupo numeroso de *indios amigos*<sup>24</sup>, organizados sobre todo para capturar *piezas* humanas que luego serían vendidas como mano de obra esclava. En este caso, el éxito dependía del sigilo y la velocidad,

«porque las malocas o monterías hechas en lejanas tierras a gente neutral eran contra justicia y razón cristiana, pues no la había para asaltar de noche como fieras a hombres que estaban en sus casas y tierras,...apresándolos...y vendiéndolos como esclavos» (Quiroga 1979 [1690]: 310).

La importancia económica de las *malocas* esclavistas se incrementó hacia mediados del siglo XVII, cuando el precio de los esclavos provenientes de África aumentó notablemente debido a las dificultades que experimentó la trata como consecuencia de la rebelión del duque de Braganza. A raíz de la secesión portuguesa, los tratantes de esa procedencia fueron excluidos de los mercados coloniales españoles. En palabras de Eugene Berger:

---

caso se presenta una horticultura a muy pequeña escala, dentro de un patrón básico cazador-recolector en ausencia de vida aldeana temporal, explotándose plantas domesticadas dispuestas bajo la forma de parches, en un marco de alta movilidad

<sup>23</sup> No olvidemos que en la región, también la pesca proporcionó una importante cantidad de proteínas.

<sup>24</sup> Andrea Ruiz Esquide-Figueroa ha demostrado la tipicidad de esa diferencia numérica (1993: 20-1, cuadro I).

«Finally, slave raiding was given even more impetus when the Portuguese revolution of 1640 interrupted the activities of Portuguese African slave traders and raised prices for Chile's indigenous slaves. Cost shot up 250 pesos per slave to 600 and 700 pesos during this period. The prevalence of slave taking raids meant that for the first time since the conquest of Chile, there was little talk of a major offensive and quick end to the War» (Berger 2006: 148).

El aumento del precio de los esclavos africanos vino entonces a estimular las aperturas de los *monteros*, animados por la posibilidad de satisfacer con fuerza de trabajo indígena la demanda de mano de obra a un costo conveniente, sobre todo si se tiene en cuenta que una parte importante del esfuerzo de captura y sus riesgos era transferido a los *indios amigos*. La prueba más elocuente del éxito del negocio resulta de un simple cotejo entre los doscientos mil pesos obtenidos por Lazo de la Vega, gobernador del Reyno de Chile entre 1629 y 1639 (Berger 2006: 147, nota 416) y el millón de pesos —una fortuna para la época— que Vicente Carvallo i Goyeneche testimonia que obtuvo Juan Henríquez, ocupante del mismo cargo entre los años 1670 y 1682 (Carvallo i Goyeneche 1875 [1796]: 166). Se ve claro que la empresa involucraba un vasto conjunto de intereses favorecidos por su éxito: desde el gobernador y los oficiales de mayor graduación que recogían la parte del león hasta los soldados y los *indios amigos*, beneficiarios de una porción menor, pasando por los demandantes de mano de obra regionales y extra-regionales que se la procuraban así a un precio acomodado en comparación con el desembolso que, en caso de oferta disponible, les hubiera exigido la adquisición de *piezas* africanas.

El ciclo de *campeadas* y *monterías* llegaría a su conclusión hacia finales del siglo XVII, como resultado de una combinación de factores ideológicos y económicos. En primer lugar, la compañía de Jesús —estimulada por los magros beneficios obtenidos en su esfuerzo por cristianizar a los *reche*— argumentaba que sólo la disminución del nivel de conflicto interétnico podría crear las condiciones favorables para su intervención. Esta aminoración, a su vez, únicamente sobrevendría cuando desapareciese la posibilidad de hacer negocio, vendiendo como esclavos a los indígenas capturados en acción bélica. Persuadidos de sus razones, los misioneros insistieron una y otra vez con tenacidad en que debían ser abolidas las reales cédulas que autorizaban la esclavitud de los *indios de guerra* y finalmente sus reclamaciones se vieron atendidas. La corona dictó una serie de medidas en consonancia con las peticiones recibidas<sup>25</sup>. Entre ellas se destacan la prohibición de trasladar *indios de depósito* a Lima —emitida en 1683— y más tarde la ilegalización de la reducción a la condición de esclavos de los nativos capturados (Hanisch 1981: 8, 64; Villalobos 1989: 17; Foerster 1996: 273) que quitó sustento lícito a las *malocas*. La Real Audiencia de Santiago tomó a su cargo la vigilancia del cumplimiento estricto de estas disposiciones (Berger 2006: 190, nota 575).

<sup>25</sup> No puede descartarse, por otra parte, que el breve *Commissum Nobis* promulgado por el papa Maffeo Barberini (Urbano VIII) en abril de 1639 haya ejercido en el ánimo regio siquiera un mínimo del influjo disuasorio que en apariencia lo inspiraba. Se prohibían en él —bajo amenaza de excomunión *latae sententiae*—, la reducción de los *indios* a la esclavitud, su compra-venta, permuta y donación, así como el traslado lejos de su residencia, el despojo de bienes y la sujeción a servidumbre, en las posesiones coloniales hispano-lusitanas de Sudamérica. Está claro, desde luego, que esa influencia fue lenta, tardía e imperfecta, como también lo está que los gobernadores y los *monteros* de Chile no demostraron especial sensibilidad.



En concurrencia con ello y como lo sugiere Sergio Villalobos, es posible que el paulatino aumento de la población mestiza en el Valle Central del reino haya generado una oferta alternativa de fuerza de trabajo para las haciendas cerealeras de Santiago y Concepción en el marco de una coyuntura favorable a la actividad agrícola. En efecto, a partir de 1687, se incrementó la demanda peruana de trigo atendida con la producción chilena a precios muy ventajosos (Barros Arana 1999: 218-220; Bengoa 1988: 55; Bauer 1994: 32; Berger 2006: 188)<sup>26</sup>. La rápida prosperidad del negocio contribuyó a desarrollar en sus beneficiarios una nueva sensibilidad con respecto al conflicto interétnico. Las *malocas* pasaron a ser evaluadas como una de las causas que podrían provocar las temidas rebeliones indias, seria amenaza para la prosperidad<sup>27</sup>.

Por los motivos sintéticamente presentados, el advenimiento del siglo XVIII estaría caracterizado por una reorientación de intereses y prácticas que llevaría al paulatino abandono de la extracción violenta de piezas *humanas*, sustituida por el progresivo interés en la producción de ponchos y mantas indígenas.

## 6. Las estrategias indígenas

Por su parte y para hacer frente a las condiciones que el prolongado conflicto con los invasores les planteaba, agravadas por la incidencia destructiva de *campeadas* y *malocas*, la sociedad *reche* se había transformado de manera plástica, acentuada y veloz. Durante los siglos XVI y XVII, los indígenas no vacilaron en abandonar su costumbre de poblar los valles fluviales ocupándolos con densos asentamientos, para convertirse en habitantes «inciertos, mudables y ocultos» de un mundo alejado de la presencia amenazante de los españoles: los grandes caseríos, las viviendas amplias con varias puertas, los sembradíos vecinos a ellas y los ganados que pastaban en sus alrededores pasaron a ser recuerdos de un tiempo anterior y distinto (Bengoa 2003: 301).

En 1621, Jerónimo Luis de Cabrera, al frente de numerosa armada y proveniente de Córdoba, después de internarse más de doscientas leguas en dirección general al Sudoeste, aproximándose a la cordillera llegó hasta el sitio que los expedicionarios llamaron *Valle de Cutan*, encontrándose allí frente a centenares de nativos<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> A fines de ese año el Perú central había sufrido las consecuencias de un tremendo terremoto que arruinó los campos y los sistemas de riego en los valles costeros, afectando sobre todo el cultivo de trigo.

<sup>27</sup> Estaba fresco todavía el recuerdo del *notable levantamiento general de 1655*, cuando los *indios de paz y de guerra* se coaligaron para alzarse y destruyeron casi totalmente los establecimientos productivos españoles situados al norte del río Bío Bío. En esa ocasión, una de las motivaciones importantes de la rebelión giró en torno a la reducción a la esclavitud de *piezas humanas* capturadas en acción bélica, tema que involucraba los intereses de ciertos caciques *amigos* que soportaban con sus hombres la mayor parte del esfuerzo de *montería* y recogían luego sólo una porción menor del botín. Para conocer con más detalle estas motivaciones, ver la relación anónima de 1655 titulada *Descripción y cosas notables del Reyno de Chile para quando se trate en el año de 1655 del notable levantamiento que los Indios hicieron en el* (en Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscrito 2384, en especial folio 257; esta relación fue parcialmente publicada por Jimena Obregón Iturra [1991]).

<sup>28</sup> Las poblaciones de Cutan estaban vinculadas al *ayllarewe* de Villarrica, uno de los más poderosos de la Araucanía; así lo demuestra la declaración del ex-cautivo Feliciano Llanos: «la villa rica estará de los dichos Indios donde llegó Don Jerónimo como diez leguas, y este testigo estava de ella ocho leguas, donde vivía el Cacique su amo [quien recibió] aviso...pidiéndole socorro porque havian llegado españoles a su tierra y que le enviasen gente...y fue corriendo la flecha que es la señal para que fuese gente» (BN, BM, Manuscritos ori-

La identificación de *Cutan* con *Rucachoroi* –denominación que alude a un cerro, un valle, un arroyo y una laguna integrados en un paisaje común (Vuletin 1979: 310, Álvarez 1983: 136)<sup>29</sup>– fue hecha por Sánchez Labrador<sup>30</sup> refiriéndose precisamente a la entrada de Cabrera:

«Aviendo con tantas prevenciones hecho camino cosa de 200. Leguas, llegó á un sitio llamado Rucachoroguen, en que hizo alto toda la tropa. Acampados con buen orden los Españoles vieron venir sobre sí como cinco mil Indios guerreros escogidos de distintas parcialidades...y se vio obligado D.n Jerónimo á retirarse y desistir de la conquista» (Sánchez Labrador 1936 [1772]: 21).

Dejando de lado la agresividad con la que los nativos recibieron a Cabrera y su gente (prueba palmaria de que no era la primera vez que se topaban con europeos), las actividades económicas, el patrón de asentamiento y la lengua, entre otros rasgos igualmente significativos, permitieron confirmar que se trataba de *Indios de la guerra de Chile* radicados al este de los Andes.

Los silos donde estos indígenas «ocultaban» sus alimentos fueron objeto de reiterada mención en la encuesta judicial que años después se llevó a cabo en la ciudad de Córdoba. En la relación de la entrada el mismo Cabrera relató:

«caminamos por este Valle de Cutan con igual trabajo de nieves malos pasos despeñaderos y a pié porque sin gente ni Cavallos apenas podíamos ir sueltos = dos leguas y á las dos de la tarde llegamos donde estava el cacique cutan con hasta veinte Indios que nos recibieron y agazajaron en cuatro casas que allí havia que esta gente como es de la guerra de aquel reyno viven con esta division por aquellos guaycos y quebradas en que consiste la fuerza y defensa como en no tener como no tenian ninguna comida en sus casas sino apartada y enterrada y cubierta en silos que la necesidad de algunos soldados descubrio =>(BN, BM, Manuscritos, volumen 128, pieza 2308, f99-200).

Pedro Pérez –vecino de San Luis– que había participado de la entrada, agregó que Don Jerónimo

«pasó al valle de Cutan...y halló población de Indios de guerra de Chile muy bien perrechados y armados...y las comidas en silos como lo tienen los Indios de guerra en el estado de Arauco ocultas para que los españoles no se aprovechen de ellas ni las hallen para quitárselas y el dicho Don Jerónimo estuvo en el dicho valle de cutan con grande riesgo un dia y una noche» (BN, BM, Manuscritos, volumen 128, pieza 2309, f260-261).

La utilización de silos subterráneos para preservar las reservas de alimentos constituía entre los *reche* una práctica asociada al *trekking* que ya había referido mucho tiempo antes Jerónimo de Vivar, quien también menciona la habilidad desarrollada por algunos soldados para detectarlos (Vivar 1998 [1558]: 56-57). A lo largo de los

---

ginales, volumen 311, f248-249).

<sup>29</sup> El topónimo se mantiene vigente en la actual provincia de Neuquén y designa un lago, un arroyo y una población. De esos parajes era nativo don Damasio Cairu, protagonista del recordado documental de Jorge Prelorán –titulado *Araucanos de Rucachoroy*– e inmejorable expositor de los múltiples beneficios que su pueblo recibió y recibe de las piñoneras (Álvarez 1983: 169-180).

<sup>30</sup> Así lo destacó en su momento Eduardo Crivelli Montero (2000: 13).

primeros cincuenta años de la Guerra de Arauco, la *guerra de los silos* representó una parte importante de la actividad bélica en general. Tanto indígenas como españoles habían desarrollado técnicas, los primeros para ocultar sus reservas y acceder luego a ellas mientras se movían en el espacio, y los segundos para hallar los escondrijos y saquearlos o destruirlos.

Alonso de Góngora y Marmolejo, por ejemplo, describió un incidente que demuestra hasta qué punto eran capaces de llegar los *reche* en su preocupación por conservar las reservas alimenticias fuera del alcance de los invasores. Durante el verano de 1558, los *indios* de Tucapel incendiaron sus viviendas para que las cenizas ocultaran los silos construidos en el piso de las mismas, sacrificio que en este caso resultó infructuoso porque la intencionalidad del fuego despertó la curiosidad de los soldados que terminaron por hallar trigo, cebada y maíz (Góngora y Marmolejo 1862 [1575]: 76).

El incidente sirve de paso para confirmar que el proceso de sustitución del maíz por cereales europeos ya estaba en marcha a mediados del siglo XVI<sup>31</sup>. El trigo y la cebada fueron usufructuados por los *reche* mediante una serie de prácticas novedosas, sembrándolos en medio de los montes y aprovechando su maduración temprana para cosecharlos y disponer del producto antes de la época en que los españoles, una vez que habían concluido las propias tareas de siega de los mismos cereales, iniciaban las incursiones.

En el caso de los habitantes del Valle de Cutan, a esta ventaja se sumaba la de que su territorio estuviera ubicado dentro del área de dispersión de la *Araucaria araucana* o árbol del *pewen*:

«donde tienen hecha su población los Indios de Chile y muchas crías de ganado y yeguas y ovejas y carneros de castilla y de la tierra y trigo y cebada y alberxas y lentexas y havas y madi que es otra semilla de aquel reino y grandes arboles de pinares – y el trigo estaba recojido en silos que estaba segado y habían muchas chacaras por segar y en lo mas alto de las caderas de aquellas cordilleras tenían los dichos trigos y barbechos de trigo y cevada y muchas papas por coger y todo el campo estaba lleno de frutillares» (BN, BM, Manuscritos, volumen 128, pieza 2308, fojas 239-240).

Tanto el alejamiento de las poblaciones y la dispersión de las viviendas como de los terrenos sembrados con las distintas especies enumeradas en el memorial y el ocultamiento de reservas, desnudan toda su importancia estratégica cuando se las considera en relación con *campeadas* y *malocas*.

Las enormes dificultades para enfrentarse al poder de fuego del ejército real durante las *campeadas* determinó que los nativos, además de evitar las batallas frontales, alejaran sus lugares de habitación y terrenos de labor de los espacios cercanos a las fronteras, dispersándolos y disimulándolos en el paisaje e instalándolos en sitios de difícil acceso y tránsito, con el evidente objeto de salvaguardar vidas, cosechas, reservas y animales, pero también para obstaculizar las operaciones del ejército que naturalmente podía permanecer en campaña sólo un tiempo limitado. Así lo observaron una multitud

<sup>31</sup> Como lo testimonió González de Nájera (1882 [1614]: 76) y lo señaló Miguel Palermo en su trabajo pionero sobre la incorporación de vegetales domésticos introducidos (1988: 72), a diferencia de algunos autores chilenos que optan por asignar el momento de iniciación de esa sustitución al cambio de siglo (Torrejón y Cisternas 2002: 733; Bengoa 2003: 301-303).

de comentaristas de fines de siglo XVI y de la centuria siguiente<sup>32</sup>. Entre ellos, se destaca Miguel de Olaverría por su diáfana descripción de esos cambios que había percibido ya en los últimos años del 1500, reflejándolos en un informe que dirigió a su rey:

«si por algún camino se pudiera obligarles a reducirse era por este de las talas de comida, porque quitándosela generalmente se necesitan y reciben daño de todo género... para reparo de lo cual son tan sagaces y astutos y ayudados de la experiencia que tienen de la guerra y trabajos an echo una cosa que no la inventara nadie sino ellos que es averdado desde que don Alonso de Sotomayor les començo a hacer guerra en hacer grandes rocas y talas de montañas en lo más áspero y encima de los cerros y en estas rocas y sitios donde no ay hombres humanos que puedan entrar ni ir... hacen las mas de sus sementeras endonde se las da con mucha abundancia por la grañidísima fertilidad de aquella tierra y assi proceden estos indios al dia de oy seguros de no verse con necesidad de bastimentos» (Olaverría 1852 [1594]: 37-38).

No podríamos haber encontrado palabras más ajustadas para dar cuenta precisa de lo que pasó a ser una *agricultura y horticultura de guerra*. En situaciones de conflicto, se generaron estas islas de recursos en puntos seleccionados del paisaje, a menudo vecinos a los senderos que los nativos conocían y frecuentaban, de tal manera que esos sembradíos ocultos, aunque inaccesibles para un extraño, eran perfectamente identificables para los guerreros y sus familias y estaban disponibles cuando la presencia de los enemigos les impedía acercarse sin riesgo a sus terrenos permanentes de cultivo<sup>33</sup>.

Tanta fue la notoriedad de esa actividad que, cualquier persona familiarizada con las costumbres *reche*, no dudaría en predecir acciones bélicas si las vegas dejaban de ser cultivadas y se recurría a la siembra de emergencia. El cacique Naguelquirque, acusado a fines del siglo XVI de organizar un *alzamiento*, admitió que la mejor prueba de que se preparaba la rebelión fue que «no [se han] sembrado chacaras en la tierra llana, sino... en las montañas de Chumpulli», donde se enviaron «mozetones y sus bueies a las dchas. Montañas... y a los Zerros altos para que... sembrasen sus chacaras por las miras que tenían de alzarse y retirarse allí» (BN, BM, Tomo 323, f160).

Sus palabras se ven confirmadas por Quiroga refiriéndose a los mismos hechos:

«todos los prácticos an conocido que este movimiento asido fuera de tiempo, porque nunca se mueben hasta coger sus cosechas, y ponerlas en los montes, porque sin ellas no pueden mantenerse» (AN, Real Audiencia, Volumen 3003, f109).

No obstante la rigurosidad del clima, ciertos sectores apartados de la cordillera se adecuaban al propósito de sembrar superficies acotadas en algunos valles, según puede verse en la descripción de Diego de Rosales:

«en los riscos y nieves de la cordillera cogen sus trigos y zebadas en abundancia los Pegüenches, aunque son poco labradores y con muy poco que siembran se contentan,

<sup>32</sup> Por ejemplo, Olaverría (1852 [1594]); Ocaña (1995 [1600]: 37); González de Nájera (1971 [1614]: 48 y 175-178); Tribaldos de Toledo (1864 [1634]: 90); Anónimo de 1655 en Obregón Iturra 1991: 159; Solórzano y Velasco (1852 [1657]: 426-427); Rosales (1877 [1674]: 221); y Quiroga (1979 [1690]: 21)

<sup>33</sup> Posey (1994: 277-278) creó un concepto de análogo contenido *-jardines de guerra (war gardens)-* en sus estudios sobre poblaciones amazónicas en general y especialmente acerca de los kayapó. Conductas similares han sido descritas por Rival (1998) en el caso de los huaorani y por Ferguson (1998) con respecto a los yanomami.

atenidos a la grande abundancia de Piñones<sup>34</sup>... Porque de entre las peñas y la nieve salen unos altísimos pinos que dan unos piñones del tamaño de las vellotas, de que encierran gran cantidad, y dellos hazen pan para comer y chicha para beber y los generos de guisados que quieren. Consérvanse cuatro o cinco años frescos como el primer día metidos en silos de agua... La zebada la siembran antes de que comience a nevar y pequeña y cubren montes altísimos de nieve y se está debajo della los seis y ocho meses, y en aviéndose derretido la nieve, que le da el sol, sube con gran pujanza y madura al tiempo que la otra que se siembra donde no ay nieve» (Rosales 1877 [1674]: 192).

Pero la dispersión y ocultamiento de asentamientos y reservas para neutralizar los efectos de las agresiones militares mostró sus limitaciones en dos sentidos. En primer lugar, esa solución demandaba la reposición periódica de los alimentos ensilados, alternativa que se veía imposibilitada cuando los españoles reiteraban la tala de las cosechas en varias *campeadas* sucesivas. El mismo Quiroga nos hace ver con claridad que ninguna agrupación nativa lo podía soportar:

«esto es infalible, que el General que se pusiese en campaña tres veranos, reducirá la gente más rebelde del Reyno, porque ningún bárbaro puede ser tan obstinado como un león o un tigre, y ése se reduce con el hambre viniéndose a los pueblos a buscar su sustento, si no le halla en los montes; y estos indios no tienen en los suyos fruta silvestre, y en talándoles la campaña el primer año, no tienen qué comer en el segundo, y repetido este trabajo por segunda vez, es preciso que se rindan y sujeten por no perecer» (Quiroga 1979 [1690]: 209-210).

Y en segundo término, si tenía lugar una *maloca*, la dispersión de los guerreros y sus familias, al debilitar la resistencia concertada, podía terminar por favorecer la sorpresiva y veloz acción de los *monteros*.

En este contexto, el alejamiento hacia zonas que estuviesen a salvo del peligro opacando su presencia y la ubicación de sus recursos, vino a combinarse a medida que el tiempo transcurría, con un abandono temporal o, al menos, un decrecimiento en la importancia de las actividades hortícola-agrícolas –una «regresión» en los términos de Balée– y un concomitante énfasis en la caza y recolección, precisamente con el objetivo de colocarse en mejores condiciones para neutralizar a la vez la eficacia de *campeadas* y *monterías*<sup>35</sup>. Así lo testimonia Mascardi cuando relata:

<sup>34</sup> Uno de los rasgos ventajosos de la araucaria –como observó Rosales– es su adaptación a las bajas temperaturas cordilleranas y su resistencia a las heladas: «La temperatura media anual oscila alrededor de 8° centígrados, con un período libre de heladas de noviembre a marzo (en el lago Aluminé, ubicado en el centro de la distribución de la especie en Argentina). *Araucaria araucana* es la única especie del género que soporta heladas (Aagesen 1993), lo que le permite habitar en esa zona» (Rechene et al. 2003-2004: 4).

<sup>35</sup> El abandono de prácticas agrícolas y un paralelo énfasis en la caza y recolección por parte de sociedades nativas enfrentadas a las presiones características de una *zona tribal* no constituyen un fenómeno infrecuente. En Amazonía se presentan varios casos. Quizá el más conspicuo sea el ya citado de los yanomami descrito por Brian Ferguson en términos coincidentemente muy similares a los que utilizó Nicolás Mascardi en el siglo XVII. Desde mediados del siglo XVIII hasta principios del XX, la economía de los yanomami fluctuó entre la agricultura y una combinación de caza y recolección, estrategia que se vincula a la presencia en sus territorios de partidas esclavistas portuguesas y españolas primero y luego venezolanas y brasileñas. La intensa actividad de estos *predadores sociales* –como los denomina el autor– determinó la inconveniencia de practicar *rozas*: el ruido provocado por el desmonte y el humo de la quema los hubiesen guiado hacia sus víctimas (Ferguson 1998: 295).

«En este parlamento [el que mantuvo con los Indígenas], fueron exhortándose cada uno a sembrar y tener casas y modo de vivir, y a recibir mi enseñanza y a quitar pecados, y en particular a quitar hechizos de sus tierras y a olvidar enojos pasados. Porque con mi venida empezaban ya a vivir sin temores ni recelos de ser maloqueados, conforme yo les había prometido. Y así, después del parlamento, vinieron casi todos a agradecerme de nuevo la venida a sus tierras, y que si en tiempos pasados vivían de sólo la caza y yerbas o raíces silvestres, en adelante harían sus casas y sementeras y quemarían sus rozas al medio día, sin recelo de que se viesen los humos» (Mascardi en Furlong 1963: 120).

Los *enojos pasados* habían determinado, entonces, la recurrencia a la caza y la recolección de *yerbas o raíces silvestres*, con el abandono temporal de la práctica de *sembrar y tener casas* que ahora retomarían, frente a la formal promesa de que no habrían de reiterarse las *malocas* y de que la quema hecha a plena luz no se convertiría en la señal que guiase a los *monteros* hasta el lugar donde desprevenidamente trabajaba la gente reunida.

Tres años más tarde el misionero informaba que las cosechas habían vuelto a ser abundantes:

«sólo la falta de sustento me maltrató algo los primeros años, por haberme recibido la tierra con carne de caballo y pan de raíces de pangué, y asco muy escaso; pero ya después de mi venida se han animado los indios á sembrar y yo les he buscado semillas y traídoselas de Chiloé, y con lo que han sembrado de trigo, cebada, habas, arvejas y otras legumbres hay abundancia ya en la tierra» (Mascardi [1673], citado en Téllez Lugaro 1994: 273).

## 7. Factores climáticos y ambientales

En nuestro caso de estudio, además de disminuir o neutralizar los efectos dañosos provocados por las incursiones de los españoles, la programación de movimientos territoriales, el almacenamiento de reservas, la diversificación de recursos y el intercambio, constituyeron también estrategias destinadas a amortiguar el impacto de la escasez motivada por factores climáticos y ambientales (Halstead y O'Shea 1989: 3), ya sea bajo la forma de oscilaciones estacionales —más previsibles— o interanuales, entre estas, las fluctuaciones climáticas que inciden en la capacidad sustentadora del ambiente en grado variable de acuerdo con su escala.

En este sentido, se ha propuesto que los recursos silvestres combinados con una economía agro-hortícola y pastoril suelen cumplir cuatro requerimientos básicos: (1) distribución y densidad propicios para una recolección intensiva, (2) alto potencial de almacenamiento, (3) patrón interanual de variabilidad independiente de la producción agrícola, y (4) patrón de disponibilidad estacional compatible con el ciclo agrícola —y hortícola en nuestro caso (O'Shea 1989: 59)<sup>36</sup>—.

La *Araucaria araucana* reúne todas estas características, en especial la última, como lo demuestran los estudios existentes sobre los bosques de los Valles de Ruchachoroy

<sup>36</sup> Esta propuesta no es, sin embargo, de aplicación universal: en el caso amazónico, por ejemplo, existen recursos silvestres que articulan adecuadamente con la horticultura y no se almacenan, y las huertas (*chagras*) son multi-estratificadas, esto es, incluyen varios cultígenos que se plantan mezclados, permitiendo cosechas a lo largo de prácticamente todo el ciclo anual (Gustavo Politis, comunicación personal).

y Tromén. La productividad irregular de la especie se acentúa al asociarse con eventos *El Niño* (ENOS) cada dos o tres años, debido a que las grandes lluvias durante el período de polinización (septiembre-enero) la desmerecen. En cambio, las sequías vinculadas a la fase fría conocida como *La Niña* contribuyen a aumentarla (Sanguinetti, Maresca, González Peñalba y Chauchard 2001: 29; Sanguinetti, Maresca, Lozano *et al.* 2001: 21). Quiere decir, entonces, que las circunstancias favorables a la abundancia de *pewenes* vulneran la productividad del trigo, seriamente lesionada por las sequías de primavera y verano con lo que se abre la posibilidad de complementación entre ambos vegetales.

Los estudios de reconstrucción del clima en la cordillera a lo largo de los últimos mil años indican que durante el período 1680-1740 hubo doce eventos ENOS, dos de ellos muy severos (Villalba 1994: 188), eventos que, a su vez, se vinculan con la variación de las condiciones de glaciación típicas de la *Pequeña Edad del Hielo* (Boninsegna 1995; Delgado *et al.* 2002; Villalba 1994 y Villalba *et al.* 1998).

Por lo tanto, si la productividad agrícola se volvió cada vez más azarosa debido a las condiciones climáticas de disminución de las temperaturas e incremento en la frecuencia de las sequías, no podría resultar extraño que la estrategia nativa frente al deterioro de la producción triguera haya consistido en incrementar la recolección de piñones<sup>37</sup>, beneficiados por esas mismas condiciones, e inclusive en enfatizar paralelamente la caza.

Precisamente, en la década de 1730, cuando puede afirmarse que el ciclo de *campesadas* y *malocas* ya había concluido y, por lo tanto, su amenaza no podría argumentarse para justificar la disminución o ausencia de la actividad agrícola-hortícola, Miguel de Olivares refiere, sin embargo, la importancia que en el área había vuelto a cobrar la caza de avestruces y guanacos, destaca la relevancia de la hipofagia nativa y reduce la de aquella actividad, limitándola —como lo señalamos antes— a los cultivos que se dan en la isla del Nahuel Huapi.

Pero en este caso nuestra atención debe atender al énfasis con que el jesuita vincula explícitamente ese panorama con rigurosas condiciones climáticas, en especial con respecto a la *tierra de los pehuenches*:

«La otra cordillera divide a estos puelches de los indios de Chile por todas aquellas tierras que llaman pehuenches, por cuya razón esta tierra es frijidísima, donde todo el año nieva i hiela, sin que en ella se den aquellas semillas que pueden servir para el alimento» (Olivares 1865 [1736]: 509).

## 8. Palabras finales

Una revisión contextualizadora de la evidencia referida a la época y al área aquí delimitada sugiere que la agricultura, horticultura, pastoreo, recolección y caza no

<sup>37</sup> La importancia del *piñoneo* se mantuvo con inalterable vigor en tiempos históricos (Aldunate y Villagrán 1992), no sólo para los grupos que habitaban el área de dispersión de las araucarias, sino también para quienes ocupaban los llanos centrales de Araucanía, como lo hizo notar Claudio Gay con respecto a «los indios de los llanos de Angol y de Puren» (1858: 416). En estudios etnobotánicos realizados contemporáneamente, se ha destacado la continuidad de esta práctica, ya sea referida a poblaciones que residen en el occidente de las montañas, en Ikalma (Herrmann 2005, 2006) o instaladas en la estepa neuquina que realizan largas incursiones anuales hasta las *piñoneras* para proveerse de sus frutos (Ladio 2004: 31; Ladio y Lozada 2000: 67; 2001: 371-72; 2003: 948-949).

conformaron modalidades excluyentes –principalmente las dos primeras en detrimento de las dos últimas–, sino, en realidad, un conjunto de actividades disponibles, entre las que los indígenas se encontraban en condiciones de optar articulándolas lógicamente con las alternativas del hostil y prolongado contacto con los hispano-criollos. Del análisis documental se desprende la existencia de una planificación de estrategias preferenciales o combinatorias, seleccionadas con flexibilidad de acuerdo a circunstancias cambiantes que demandaron asimismo atender a la incidencia de condiciones climáticas y ambientales.

Siendo así, debe superarse la reducción del problema a una antinomia de dudosa consistencia entre la explotación de recursos silvestres y domésticos. Resulta conveniente y enriquecedora una percepción que incorpore los resultados de los estudios realizados para otras sociedades indígenas y examine la información disponible a la luz de sus contenidos conceptuales. En el caso de las aportaciones amazónicas que hemos consultado, no sólo vemos –como en el nuestro– las alternativas y efectos de la resistencia armada nativa contra los invasores europeos –y también la infaltable colaboración con ellos–, sino además el abandono y reactualización de prácticas tradicionales, el recurso a otras desusadas en el pasado y una plástica armonización en términos de conveniencia a medida que crecía el nivel de conflicto.

Hoy nos hemos limitado a avanzar un trecho en la consideración de los efectos que ese conflicto interétnico tuvo sobre las actividades de las poblaciones nativas instaladas en las *tierras de los pehuenches* durante el siglo XVII. En una atmósfera de violencia y en el marco de constitución de una *zona tribal* quedan inscritas la instalación de una *economía bélica* y una variación en los patrones de residencia y movilidad, traducidos en estrategias de distanciamiento y ocultamiento de personas y recursos –la *guerra de los silos*–, combinando la retirada de la población a posiciones de difícil acceso para colocarla fuera del alcance de *campeadas* y *malocas*, con un mayor énfasis en la explotación de recursos silvestres vegetales y animales; ello, acompañado por una adecuación de los cultivos agrícolas y hortícolas –o su temporal abandono– y del manejo del ganado, tanto en lo referido a las especies involucradas –que tempranamente incluyeron las introducidas por el enemigo–, como a las modalidades de implantación, cosecha y cría, para tornarlas compatibles con las variaciones estacionales o interanuales provocadas por factores de orden climático y ambiental.

Aunque sea mucho lo que aún nos falta conocer, un análisis futuro más extenso y prolijo despojado de preconceptos y estereotipos y su proyección a otras áreas de estudio, abriendo nuestra percepción y echando mano a nuevos elementos conceptuales –que surgirán tan pronto como se cambie la perspectiva que ha persistido hasta el momento– promoverá una veloz superación de posiciones en beneficio de una interpretación más adecuada de la historia de los Pueblos Nativos de la región.

## 9. Referencias documentales

AN (ARCHIVO NACIONAL DE SANTIAGO)

Capitanía General, volumen 636, f266 y f266v. «Dictamen del Fiscal Protector de Indios de la Real Audiencia de Santiago». Santiago de Chile, 28 de noviembre de 1777.

Fondo Morla Vicuña, Vol. 21, fs. 247-256. «Informe que hace el Maestre de Campo Don Gerónimo Pietas al Excmo. Sr. Dn. Gabriel Cano de Aponte, Cavallero de la Orden



de Alcantara, Comendador de Mayorga, en el mismo orden Theniente General de los Exércitos de España, del Consejo de S. M. Gobernador y Capitan General de este Reino de Chile, y Presidente de su Real Audiencia, por mandarlo así Su Excelencia». Concepción, 29 de diciembre de 1719.

Real Audiencia (RA), Volumen 3003, f109. «Carta del Maestre de Campo General Gerónimo de Quiroga escrita a esta Real Audiencia, noticiándola de los sucesos de la Frontera y origen que tubo la inquietud de los Yndios de Moquegua». Concepción, 20 de enero de 1694.

#### BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

Manuscrito 2394. «Descripción y cosas notables del Reyno de Chile para quando se trate en el año de 1655 del notable levantamiento que los Indios hicieron en él».

#### BN (BIBLIOTECA NACIONAL DE SANTIAGO DE CHILE)

BM (Biblioteca Medina), Manuscritos, volumen 128, pieza 2308, ff99-200. «Real Cédula de S. M. el Rey dirigida a don Diego de Portugal, Presidente de la Real Audiencia del Río de la Plata, sobre la navegación del estrecho de Magallanes».

BM (Biblioteca Medina), Manuscritos, volumen 128, pieza 2308, fojas 239-240. «Memorial de Luis Jerónimo de Cabrera, Córdoba, 24 julio 1625; Real Cédula de S. M. el Rey dirigida a don Diego de Portugal, Presidente de la Real Audiencia del Río de la Plata, sobre la navegación del estrecho de Magallanes».

BM (Biblioteca Medina), Manuscritos, volumen 128, pieza 2309, f260-261. «Declaración de Pedro Pérez», Córdoba, 21 julio 1625, en «Auto expedido por la Real Audiencia del Río de la Plata sobre el castigo que merecen ciertos indios rebeldes de Chile». Sin mención de lugar, 1625.

BM (Biblioteca Medina), Manuscritos originales, volumen 311, f85. «Relación escrita por el teniente general de Caballería Alonso de Córdoba y Figueroa... 1673».

BM (Biblioteca Medina), Manuscritos originales, volumen 311, f248-249. «Declaración brindada en Córdoba, el uno julio 1635».

BM (Biblioteca Medina), Tomo 323, f160. «Declaración de Naguelquirque», Concepción, 12 de noviembre de 1693, en «Juicio contra Juan Pichuñan y otros».

## 10. Referencias bibliográficas

#### ALDUNATE DEL SOLAR, Carlos y Carolina VILLAGRÁN

1992 «Recolectores de los bosques templados del cono sur americano», en *Botánica Indígena de Chile*, de Ernesto W. de Möesbach, pp. 25-38. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino – Fundación Andes – Editorial Andrés Bello.

#### ÁLVAREZ, Gregorio

1983 *Neuquén, su historia, geografía y toponimia*. Neuquén: Gobierno de la Provincia de Neuquén.

#### ASPELIN, Paul

1976 «Nambicuara Economic Dualism: Lévi-Strauss in the garden, once again». *Bijdragen tot de Taal-, Land en Volkenkunde* 132 (1): 1-30.

1979 «The Ethnography of Nambicuara Agriculture». *Bijdragen tot de Taal-, Land en Volkenkunde* 135 (1): 18-58.

#### BALÉE, William

1993 «Indigenous Transformation of American Forest: An Example from Maranhão,

- Brazil». *L'Homme* 33 (126-128): 231-254.
- 1994 *Footprints of the Forest. Ka'apor Ethnobotany – The Historical Ecology of Plant Utilization by an Amazonic People*. Nueva York: Columbia University Press.
- 1995 «Historical Ecology of Amazonia», en *Indigenous People y the Future of Amazonia. An Ecological Anthropology of an Endangered World*, Leslie Sponsel, ed., pp. 97-110. Tucson: The University of Arizona Press.
- 2001 «¿The Sironó of the Llanos de Mojos, Bolivia?», en *The Cambridge Encyclopedia of Hunter and Gatherers*, R. Lee y R. Daly, eds., pp. 105-109. Cambridge: Cambridge University Press.
- BARROS ARANA, Diego  
1999 *Historia general de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- BAUER, Arnold J.  
1994 [1975] *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española hasta nuestros días*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BENGOA, José  
1988 *Historia social de la agricultura chilena. Tomo I: El poder y la subordinación*. Santiago: Ediciones Sur.  
2003 *Historia de los antiguos Mapuche del Sur. Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín, siglos XVI y XVII*. Santiago de Chile: Editorial Catalonia.
- BERGER, Eugene Clark  
2006 *Permanent War on Peru's Periphery: Frontier Identity and the Politics of Conflict in 17<sup>th</sup> Century Chile*. Tesis doctoral inédita. Vanderbilt University.
- BONINSEGNA J. A.  
1995 «South American dendroclimatological records», en *Climate since A.D. 1500*, Raymond Bradley y Philip Jones, eds., pp. 446-462. Nueva York: Routledge.
- BOSCHIN, María Teresa  
1997 «Sociedades cazadoras del área Pilcaniyeu, Sudoeste del Río Negro: Elementos para un análisis territorial». *Mundo Ameghiniano*, 14: 1-77.  
2002 «Indigenous History of Northwest Patagonia: Regional Identities during the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en *Archaeological and Anthropological perspectives on the Native Peoples of Pampa, Patagonia and Tierra del Fuego*, Claudia Briones y José Lanata, eds., pp. 75-88. Westport: Bergin y Garvey.
- BURKHALTER, S. Brian y Robert F. MURPHY  
1989 «Tappers and Sappers: Rubber, Gold and Money among the Munducuru». *American Ethnologist* 16 (1): 100-116.
- CARVALLO Y GOYENECHÉ, Vicente  
1875 [1975] «Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile», en *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*, tomo IX. Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio.
- CASAMIQUELA, Rodolfo M.  
1995 *Bosquejo de una Etnología de la Provincia de Neuquén*. Buenos Aires: La Guillotina.
- CRIVELLI MONTERO, Eduardo  
2000 «Prólogo», en *Relaciones de la Jornada a los Césares (1625)*. Gerónimo Luis de

Cabrera. Santa Rosa: Ediciones Amerindia.

DELGADO, Silvia, M. MASIOKAS, R. VILLALBA, D. TROMBOTTO, A. RIPALTA, J. HERNÁNDEZ y S. CALI

2002 «Evidencias históricas y dendrocronológicas de las variaciones climáticas en la Patagonia durante los últimos 1000 años (Patagón-1000)», en *IANIGLA, 30 años de investigación básica y aplicada en Ciencias Ambientales*, D. T. Trombotto y R. Villalba, eds., pp. 47-51. Mendoza: IANIGLA.

DENEVAN, W. M.

1992 «The Pristine Myth: The lanscape of the Americas in 1492». *Annals of the Association of American Geographers* 82: 369-385.

DESCOLA, Philippe

2005 *Las lanzas del crepúsculo. Relatos jibaros. Alta Amazonía*. México: Fondo de Cultura Económica.

FAUSTO, Carlos

2001 *Inimigos Fiéis. Historia, guerra e xamanismo na Amazônia*. São Paulo: Editora de Universidade de São Paulo.

FERGUSON, R. Brian

1998 «Whatever Happened to the Stone Age? Steel Tools and Yanomami Historical Ecology», en *Advances in Historical Ecology*, William Balée, ed., pp. 287-312. Nueva York: Columbia University Press.

FERGUSON, R. Brian y Neil WHITEHEAD

1992 «The Violent Edge of Empire», en *War in the Tribal Zone. Expanding States and Indigenous Warfare*, R. Brian Ferguson y Neil Whitehead, eds., pp. 1-30. Santa Fe: School of American Research Press.

FOERSTER, Rolf

1996 *Jesuitas y mapuches, 1593-1767*. Santiago: Editorial Universitaria.

FURLONG CARDIFF, Guillermo

1963 *Nicolás Mascardi (S. J.) y su carta relación de 1670*. Buenos Aires: Colección Escritores Coloniales Rioplatenses.

GAY, Claudio

1858 *Historia física y política de Chile. Botánica*. París.

GIL, Adolfo F.

2003 «Zea mays on the South American Periphery: Chronology and Dietary Importance». *Current Anthropology* 44 (2): 295-300.

GIL, Adolfo F., Robert H. TYKOT, Gustavo MEME y Nicole R. SHELLNUT

2006 «Maize on the Frontier: Isotopic and Macrobotanical Data from Central-Western Argentina» in *Histories of Maize: Multidisciplinary Approaches to de Prehistory Linguistics, Biogeography, Domestication, and Evolution of Maize*, J. E. Staller, Robert H. Staller y B. F. Benz, eds., pp. 199-214. Elsevier: Academic Press.

GÓNGORA Y MARMOLEJO, Alonso de

1862 [1575] «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575», en *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*, tomo II. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.

- GONZÁLEZ DE NÁJERA, Alonso  
1971 [1614]. *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- HALSTEAD, Paul y John O'SHEA  
1989 «Introduction: cultural responses to risk and uncertainty», en *Bad Years Economics. Cultural responses to risk and uncertainty*, P. Halstead y J. O'Shea, eds., pp. 1-57. Nueva York: Cambridge University Press.
- HANISCH, Walter  
1981 «Esclavitud y libertad de los indios de Chile, 1688-1796». *Historia*, 16: 5-65.
- HEMMING, John  
1978 *Red Gold. The Conquest of the Brazilian Indians*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HERRMANN, Thora M.  
2005 «Knowledge, values, uses and management of the *Araucaria araucana* forest by indigenous Mapuche Pewenche people: A basis for collaborative natural resource management in southern Chile». *Natural Resources Forum* 29 (2): 120-134.  
2006 «Indigenous knowledge and management of *Araucaria araucana* forest in the Chilean Andes: implications for native forest conservation». *Biodiversity and Conservation* 15 (2): 647-662.
- JIMÉNEZ, Juan Francisco  
1998 «Encomenderos arruinados, Incas fugitivos, Beliches y corsarios holandeses. Los orígenes de la expedición en búsqueda de los Césares de Jerónimo Luis de Cabrera (1620-1621)». *Anuario IEHS* 13: 173-192.
- KEELEY, Lawrence  
1996 *War before Civilization. The Myth of the Peaceful Primitive*. Oxford: Oxford University Press.
- LADIO, Ana  
2004 «El uso actual de plantas silvestres nativas y comestibles en poblaciones Mapuches del NO. de la Patagonia». *Boletín Latinoamericano y del Caribe de Plantas Medicinales y Aromáticas* 3 (2): 30-34.
- LADIO, Ana y Mariana LOZADA  
2000 «Edible Wild Plant Use in a Mapuche Community of Northwestern Patagonia». *Human Ecology* 28 (1): 53-71.  
2001 «Nontimber Forest Product Use in Two Human Populations From Northwest Patagonia: A Quantitative Approach». *Human Ecology* 29 (1): 367-380.  
2003 «Comparison of wild edible plant diversity and foraging strategies in two aboriginal communities of northwestern Patagonia». *Biodiversity and Conservation* 12: 937-951.
- LANGFUR, Hal  
2002 «Uncertain Refuge: Frontier Formation and the Origins of the Botocudo War in Late Colonial Brazil». *Hispanic American Historical Review* 83 (1): 215-256.  
2005 «Moved by Terror: Frontier Violence as Cultural Exchange in Late-Colonial Brazil». *Ethnohistory* 52 (2): 255-289.
- LENZ, Rodolfo  
1979 *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas ame-*

ricanas. Santiago de Chile: Seminario de Filología Hispánica.

LÉVI-STRAUSS, Claude

1973 [1955]. *Tristes Trópicos*. Buenos Aires: Eudeba.

1976 «Comments». *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 132 (1): 31-32.

MADSEN, David B. y Steven R. SIMMS

1998 «The Fremont Complex: A Behavioral Perspective». *Journal of World Prehistory* 12 (3): 255-336.

MANDRINI, Raúl J.

1986 «La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (Siglos XVIII y XIX)». *Anuario IEHS* 1: 11-43.

MANDRINI, Raúl J. y Sara ORTELLI

2002 «Los 'Araucanos' en las pampas (c. 1700-1850)», en *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas (Siglos XVI-XX)*, Guillaume Boccara, ed., pp. 237-257. Quito: Ediciones Abya-Yala – Instituto Francés de Estudios Andinos.

MAYBURY-LEWIS, David

1974 [1967] *Akwé-Shavante Society*. Nueva York: Oxford University Press.

MURPHY, Robert F.

1956 «Matrilocality and Patrilineality in Mundurucu Society». *American Anthropologist* 58 (3): 414-434.

1957 «Intergroup Hostility and Social Cohesion». *American Anthropologist* 59 (6): 1018-1035.

1958 «Reply to Wilson». *American Anthropologist* 60 (6/1): 1196-1199.

1960 *Headhunter's Heritage: Social and Economic Change Among the Munducurú Indians*. Berkeley: University of California Press.

MURPHY, Robert F. y Julian H. STEWARD

1956 «Tappers and Trappers: Parallel Processes in Acculturation». *Economic Development and Cultural Change* 4: 335-355.

OBREGÓN ITURRA, Jimena

1991 «Les Araucans du Chili au Milieu du XVIIe. Siècle selon un Manuscrit Anonyme. Edition et Commentaire par Jimena Obregón Iturra». *Journal de la Société des Américanistes* 77: 157-172.

OLAVERRÍA, Miguel de

1852 [1594]. «Informe de Don Miguel de Olaverriá sobre el Reyno de Chile, sus indios y sus guerras», en *Documentos sobre la Historia, la Estadística y la Geografía*, Claudio Gay, comp., tomo II, pp. 15-24. París.

OLIVARES, Miguel de

1865 «Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)», en *Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional*, tomo VII. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril.

OCAÑA, Diego de

1995 [1600]. *Viaje a Chile. Relación del viaje a Chile, año de 1600, contenida en la crónica de viaje intitulada «A través de la América del Sur»*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

O'SHEA, John

- 1989 «The role of wild resources in small-scale agricultural systems: tales from the Lakes and the Plains», en *Bad Years Economics. Cultural responses to risk and uncertainty*, P. Halstead y J. O'Shea, eds., pp. 58-94. Nueva York: Cambridge University Press.

PALERMO, Miguel A.

- 1988 «Innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos. Génesis y procesos». *Anuario IEHS* 1: 11-43.

PETERS, Charles M.

- 2000 «Precolumbian Silviculture and Indigenous Management of Neotropical Forests», en *An Imperfect Balance: Landscape Transformations in the Precolumbian Americas*, David L. Lentz, ed., pp. 203-223. Nueva York: Columbia University Press.

PIETAS, Gerónimo

- 1719 [Véase en la sección de referencias documentales: AN, Fondo Morla Vicuña, Vol. 21, fs. 247-256.]

POLITIS, Gustavo

- 1996 «Moving to Produce. Nukak mobility and settlement patterns in Amazonia». *World Archaeology* 27 (3): 492-511.
- 1999 «Plant Exploitation among the Nukak hunter-gatherers of Amazonia: Between Ecology and Ideology», en *The Prehistory of Food: Appetites for Change*, Chris Gosden y Jon Hather, eds., pp. 99-125. Londres: Routledge.
- 2001 «Foragers of the Amazon: The Last Survivors or the First to Succeed?», en *Unknown Amazon. Culture in Nature in Ancient Brazil*, Colin McEwan, Cristina Barreto y Eduardo Neves, eds., pp. 26-49. Londres: The British Museum Press.
- 2007 *Nukak: Ethnoarchaeology of an Amazonian People*. Walnut Creek: Left Coast Press.

POLITIS, Gustavo, Gustavo A. MARTÍNEZ y Julián RODRÍGUEZ

- 1997 «Caza, recolección y pesca como estrategia de explotación de recursos en foresta tropicales lluviosas: los Nukak de la Amazona colombiana». *Revista Española de Antropología Americana* 27: 167-197.

POSEY, Darrell A.

- 1985 «Indigenous management of tropical forest ecosystems: the case of the Kayapo Indians of the Brazilian Amazon». *Agroforestry Systems* 3 (2): 139-158.
- 1994 «Environmental and Social Implications of Pre- and Postcontact Situations on Brazilian Indians: The Kayapó and a New Amazonian Synthesis», en *Amazonian Indians from Prehistory to Present. Anthropological Perspectives*, Anna Roosevelt, ed., pp. 271-286. Tucson: The University of Arizona Press.
- 1998 «Diachronic Ecotones and Anthropogenic Landscapes in Amazonia: Contesting the Consciousness of Conservation», en *Advances in Historical Ecology*, William Balée, ed., pp. 104-118. Nueva York: Columbia University Press.

PRICE, David

- 1978 «Real toads in imaginary gardens: Aspelin versus Lévi-Strauss on Nambiquara nomadism». *Bijdragen tot de Taal-, Land en Volkenkunde* 134 (1): 149-161.

PRICE, David y Cecil E. COOK Jr.

- 1969 «The present situation of the Nambiquara». *American Anthropologist* 71 (4): 635-652.

- QUIROGA, Gerónimo de  
1979 [1690]. *Memorias de los sucesos de la Guerra de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- RECHENE, C., J. ROVELOTI, E. LÓPEZ CERERO, P. BURSCHEL y J. BAVA  
2003-2004 *Conservación de los bosques de Araucaria. Guía de Difusión*. Eschborn: Programa de Apoyo Ecológico (TOEB) – Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (GTZ).
- RIVAL, Laura  
1996 «Blowpipes and Spears: the social significance of Huaorani technological choices», en *Nature and Society: Anthropological Perspectives*, Philippe Descola y Gísli Pálsson, eds., pp. 145-164. Londres: Routledge.  
1998 «Domestication as a Historical and Symbolic Process: Wild Gardens and Cultivated Forests in the Ecuadorian Amazon», en *Advances in Historical Ecology*, William Balée, ed., pp. 232-250. Nueva York: Columbia University Press.  
2001 «Huaorani», en *The Cambridge Encyclopedia of Hunter and Gatherers*, Richard Lee y Richard Daly, eds., pp. 101-104. Cambridge: Cambridge University Press.  
2002 *Trekking Through History. The Huaorani of Amazonian Ecuador*. Nueva York: Columbia University Press.  
2006 «Amazonian historical ecologies». *Journal of the Royal Anthropological Institute* (NS) 12 (s1): s79-s94.
- ROBARCHEK, Clayton y Carole ROBARCHEK  
1996 «The Aucas, the Cannibals, and the Missionaries: From Warfare to Peacefulness Among the Waorani», en *A Natural History of Peace*, Thomas Gregor, ed., pp. 189-212. Nueva York: Oxford University Press.  
1998 *Waorani: the contexts of violence and war*. Forth Worth: Harcourt Brace College Publishers.
- ROTHKUGEL, Max.  
1916 *Los Bosques Patagónicos*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Dirección General de Agricultura y Defensa Agrícola, Oficina de Bosques y Yerbales.
- ROSALES, Diego de  
1877 [1674]. *Historia General del Reyno de Chile, Flandes Indiano*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- RUIZ ESQUIDE-FIGUEROA, Andrea  
1993 *Los indios amigos en la frontera araucana*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Barros Arana.
- SÁNCHEZ LABRADOR, Joseph  
1936 [1772] *Los Indios Pampas, Puelches y Patagones*, prólogo y notas de Guillermo Furlong Cardiff. Buenos Aires: Viau y Zona.
- SANGUINETTI, J., L. MARESCA, M. GONZÁLEZ PEÑALBA y L. CHAUCHARD  
2001 *Informe de Avance Final. Producción de Piñones en Rucachoroi y Trómen, años 2000-2001*. Buenos Aires: Administración de Parques Nacionales, Informe interno.
- SANGUINETTI, J., L. MARESCA, L. LOZANO, M. GONZÁLEZ PEÑALBA y L. CHAUCHARD  
2001 *Informe Programa Pehuén Producción Bruta de Piñones de Araucaria y Estudio de la regeneración – Segundo Informe – noviembre 2001*. Buenos Aires: Administración de Parques Nacionales.

SAN MARTÍN, Félix

1940 *El Paso de la Villarrica*. Buenos Aires: Amorrortu.

SOLÓRZANO Y VELASCO, Alonso de

1852 [1634] «Informe sobre las cosas de Chile», en *Historia física y política de Chile*, Claudio Gay, comp., tomo II, pp. 422-448. París.

STEARMAN, Allyn M.

1984 «The Yuqui Connection: Another Look at Sirono Deculturation». *American Anthropologist* 60 (6/1): 1193-1196.

1991 «Making a Living in the Tropical Forest: Yuqui Foragers in the Bolivian Amazon». *Human Ecology* 19 (2): 245-260.

SWEET, David

1992 «Native resistance in Eighteenth Century Amazonia: The ‘Abominable Muras’ in war and peace». *Radical History* 53 (1): 49-80.

TÉLLEZ LÚGARO, Eduardo

1994 «De Tehuelches, Césares y australidades. Una relación postrera de Nicolás Mascardi, S. J. (1673)». *Revista Mapocho* 35: 265-276.

TORREJÓN, Fernando y Marco CISTERNAS

2002 «Alteraciones del paisaje ecológico araucano por la asimilación mapuche de la agroganadería hispano-mediterránea (siglos XVI y XVII)». *Revista Chilena de Historia Natural* 75: 729-736.

TRIBALDOS DE TOLEDO, Luis

1864 [1634] «Vista jeneral de las continuadas guerras: difícil conquista del gran Reino, provincias de Chile», en *Colección de historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional*, tomo IV. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.

VARELA, María Lydia

1996 «La sociedad manzanera: su desarrollo histórico-social». *Anuario IEHS* 11: 227-246.

VARELA, Gladys, María Luz FONT, Estela CÚNEO y Carla MANARA

2001 *Los Hijos de la Tierra. Algunos capítulos de historia indígena del Neuquén*. San Martín de los Andes: Dirección Municipal de Cultura, Municipalidad de San Martín de los Andes.

VIGNATI, Milcíades A.

1939 «Los Indios Poyas. Contribución al conocimiento etnográfico de los antiguos habitantes de Patagonia». *Notas del Museo de La Plata* 4 (12): 211-244.

1963 «Antecedentes para la protoetnografía del Norte de Patagonia». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 34, segunda sección: 493-525.

VILLALBA, Ricardo

1994 «Medieval Warm Epoch and the Little Ice Age in Southern South America». *Climatic Change* 26: 183-197.

VILLALBA, Ricardo, E. R. COOK, G. C. JACOBY, R. D. D'ARRIOG, T. T. VELEN y Ph. D.

JONES

1998 «Tree-ring based reconstructions of northern Patagonia precipitation since AD 1600». *The Holocene* 8: 658-674.



- VILLALOBOS, Sergio  
1989 «Guerra y paz en la Araucanía: Periodificación», en *Araucanía. Temas de Historia Fronteriza*, Sergio Villalobos y Jorge Pinto, comps., pp. 1-30. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera.
- VILLAR, Daniel y Juan Francisco JIMÉNEZ  
2006 «La lanza es mi señor. Discurso de la rebeldía, materialización ideológica del poder y prácticas políticas en las Sociedades Indígenas del sur de Chile y las pampas (siglos XVII y XVIII)», en *Actas del III Coloquio Nacional de Investigadores en Estudios del Discurso*, Patricia Vallejos Lobet, comp. Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. [CD]
- VIVAR, Jerónimo  
1988 [1558] *Crónica de los reinos de Chile*. Madrid: Historia 16.
- VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo  
1992 *From the Enemy's Point of View. Humanity and Divinity in an Amazonian Society*. Chicago: The University of Chicago Press.
- VULETIN, Alberto  
1979 *Neuquén. Fauna. Flora. Riquezas Naturales. Toponómico y Guía Turística*. Neuquén: Siringa Libros.
- WHITE, Richard  
1988 *The Roots of Dependency. Subsistence, Environment and Social Change among the Choctaws, Pawnees and Navajos*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- WRIGHT, Robin M. y Manuela CARNEIRO DA CUNHA  
1999 «Destruction, Resistance and Transformation – Southern, Coastal and Northern Brazil (1580-1890)», en *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas. Vol. III: South America, Part 2*, Frank Salomón Stuart B. Schwartz, eds., pp. 287-381. Cambridge: Cambridge University Press.
- YOST, Jim y P. KELLEY  
1983 «Shotguns, Blowguns and Spears. The Analysis of Technological Efficiency», en *Adaptative Responses of Native Amazonians*, Richard Hames y William Vickers, eds., pp. 198-224. Nueva York: Academic Press.